

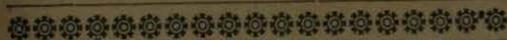
mayor energía condenó el delito, clamando sin cesar por el condigno castigo del culpable. Excitaba á la justicia local á obrar con actividad y astucia, pero aquella oleada de indignación fué paulatinamente menguando, hasta extinguirse. En el proceso únicamente Lito apareció culpable, y muerto éste por su propia mano, la humana justicia nada tuvo ya que hacer.

Entretanto, la casa del gobernador vióse concurrida por lo más encumbrado de la sociedad, y los que no ocurrían personalmente á enterarse del estado del paciente, mandaban recado varias veces al día.

El general Castañas sobrevivió aun algunos días y aun se llegó á concebir esperanza de salvarle, pero desde que, por recomendación de respetables personas, Don Néstor se encargó de la curación, los síntomas de gravedad aumentaron y el gobernador murió, después de recibir con edificante piedad todos los auxilios de la Religión.

Antes de expirar, Virginia, con el corazón hecho pedazos por el dolor, acercóse á su padre, besóle la ya helada frente, y sollozando díjole al oído.

—Papasito, consuélate, ¿qué cosa tiene



LA BOTICA DEL CIELO.

En un abrir y cerrar de ojos, echando bocanadas de aire, y con la espantosa impresión de las quemaduras que por todo un siglo sufrió en el purgatorio, llegó á las puertas del cielo el aprendiz de farmacéutico, Don Macario Balbuena y Montesinos. Antes de llamar detúvose un momento para contemplar extasiado el universo, lleno de brillantes astros. Tomó aliento, y luego, con bastante cortesía, llamó á la diamantina puerta del Paraíso. Entreabrióse ésta apenas, y se asomó un ángel, cuyos tornasolados resplandores ofuscaron la vista del boticario.

—¿Quién eres, preguntó el habitante del cielo, con una voz de nunca oída melodía?

—Soy, contestó el recién llegado, Macario Balbuena y Montesinos, farmacéutico mexicano, digo, por la práctica, pues

nunca tuve título. Cien años há que morí de tabardillo en la calle del Indio Triste. No fui mal cristiano; pero la manteca de puerco trocada en maravillosos unguentos, merced á bien estudiadas mixturas y al eficaz auxilio de medicinales hierbas, dejó á la botica de mi propiedad exorbitantes ganancias entre los proletarios, y Su Divina Majestad, el día de mi terrible juicio particular, no consideró de todo punto justificadas tales ganancias. Además, y esto es lo grave, cuando el médico recetaba alguna medicina, en la combinación de la cual entraban varios ingredientes, y en la botica faltaba alguno ó algunos, los suplía con otros, con evidente peligro de que el remedio no diese el resultado previsto. Y aunque por todo esto que juzgué poquita cosa, vínome gran temor antes de mi muerte y mandé distribuir entre los pobres del barrio la suma que mi confesor juzgó prudente, no me escapé de un siglo ¡espantoso siglo! de ser achicharrado con un fuego tal, que el del mundo, como alguna vez oí decir, no parece sino pintado. ¡Ay, ángel de Dios, cuán estúpidos somos los hombres, aun aquellos que de sabios blasonan! El purgatorio está repleto de tales sabios. Mas estoy charla que charla ¿y no me introduces al cielo?

—Interinamente, respondióle el ángel, cuidó la puerta, pues el gran Apóstol San Pedro, fué, acompañado de la flor y nata de estas celestiales regiones, á conducir al solio de Dios, á un millonario de tu misma tierra.

Boquiabierto quedóse Macario, y después pronunció una ú tan prolongada, que por el modo de decirla y por la actitud del boticario, era indudablemente una censura.

—¿Por qué te asombras?

—Luego también aquí se adula á los millonarios, repuso Macario, alzando la siniestra mano y rascándose media cabeza con todos los dedos, y miró hacia el infinito espacio, con la intención quizás de alejarse de la puerta del cielo.

El ángel leyó en el corazón del boticario y díjole sonriendo:

—Pobres entran aquí todos los días á montones; pero ricos, ¡ay, cuán pocos! y millonarios mucho menos. He aquí la causa del celestial regocijo al recibir á un millonario mexicano que por su nunca agotada caridad ha merecido la eterna gloria.

Aquella razón hizo fuerza al señor Balueña y Montesinos. Nada respondió, y en espera de San Pedro sentóse en un banco de oro macizo incrustado de bri-

lantes que cerca de la puerta de la celestial mansión se hallaba.

Apenas se había sentado, oyó ruido en una casa que le quedaba frente por frente. Parecióle que en ella había mostrador y multitud de frascos. Estiró el cuello cuanto pudo, vió, miró, contempló atónito nada menos que una botica en toda forma, y si no huyó á todo correr, fué porque la emoción impidióle moverse.

La botica que tuvo en el mundo fué, según él, la causa de achicharrarse por una centuria de años, y más hubiera sido, si los sufragios de sus deudos no acortan notablemente el tiempo, y naturalmente las boticas inspirábanle mortal aversión. ¡Y haber botica en el cielo! ¡Aquello no podía tolerarse!

—Buen ángel, dijo después que se hubo recobrado. Aquí hay botica y esto póneme extremadamente nervioso. No le digas nada á San Pedro. Me siento ligero, espiritual; volaré por el universo y estaré eternamente extasiado en la contemplación de las magníficas obras de Dios. Mas satisface antes mi curiosidad. Si aquí todo es amor y dicha, y aun la más leve sombra de sufrimiento está para siempre desterrada de esta ciudad de perfecta hermosura, ¿para qué, dime, necesitan botica?

—Es, contestóle el ángel, siempre soniente, para los enfermos del mundo, pues aquí, como has dicho muy bien, no hay enfermos. Es un lugar de perennes delicias.

¡Ves aquella columna de incienso que desde la tierra se eleva al cielo en espiral dorada por la luz? Son las oraciones que continuamente suben al trono de Dios. Si los reyes, allá en el mundo, jamás dejan sin proveer las peticiones de sus vasallos, cuando piden bien, en el cielo, palacio de la justicia eterna, infalible, son atendidas todas las plegarias de los que saben orar.

—Y ¿cuáles son los que saben?

—Los que piden con fe, humildad y confianza.

—¿Y si el peticionario es un gran pecador?

—Es oído si le conviene lo que pide, porque la oración no se funda en los humanos méritos, sino en los de Dios, que murió por todos, y que en su vida no fué solícito en pos de los justos, sino de los pecadores.

La humanidad, desde el pecado de origen está enferma de muerte, pero la redención dióle infalibles remedios para todas sus enfermedades. No necesita más que pedir, y el Divino Médico receta. Hay

más aún: Mira hacia el Oriente. ¿Ves ese inmenso torrente, superior al océano, que en gigantescos raudales cae sobre el mundo y le inunda por todas partes? Es la misericordia, que brota espontánea del seno de Dios y lleva á cuantos quieren, la salud y la alegría.

Soy el boticario del cielo, acompáñame mientras vuelve el gran San Pedro, y verás por tus propios ojos que aquí no hay triquiñuelas como en las boticas del mundo.

La palabra boticario cayóle como bomba al aprendiz de farmacéutico. Miró al ángel con desconfianza y hasta parecióle menos bello. Tal es el poder de la imaginación, aun en las regiones de ultratumba. Con todo, Macario quiso conocer la botica del cielo y entró á ésta en compañía del ángel.

¡Válgate Dios, y cuántos angelitos trabajaban en aquel grandioso edificio! Macario calculó que era todo un coro, aunque no sabía del número de ángeles que se compone un coro.

El trajín era constante y los empleados, á pesar de que volaban, pues todos lucían alas de oro, apenas bastaban á despachar.

Todos los frascos tenían mimbres. Macario fué leyéndolos: Humillaciones, dolores, pobreza, miseria, enfermedades,

remordimiento, etc., etc.,... la mar de calamidades. En otros leíase: Esperanza, resignación, confianza, valor, paciencia, etc., etc.

—De estas medicinas, díjole el ángel, se hace gran consumo.

Formados en interminable hilera estaban muchos celestiales espíritus. Eran ángeles de la guarda que esperaban el despacho de las peticiones de sus encomendados.

El boticario del cielo mostró al boticario del mundo algunas de las medicinas de las muchísimas que se iban á entregar á los ángeles de la guarda.

—Esta, le dijo, es para un caballero que antaño fué riquísimo y hoy está pobre. Los pocos bienes que aún le quedan están grabados con fuertes hipotecas. El Médico Divino receta miseria y resignación, para que desaparezcan los residuos del no bien domado orgullo, pero le envía la resignación, que purifica el alma y la eleva hacia Dios.

Una aristocrática dama, adoradora del mundo y de sus vanidades, hace tiempo que pide á Su Divina Majestad que le conceda sacarse la lotería. Y Dios ordena que le caiga el premio gordo, porque serán tales las desazones y pesares que su familia le dará por aquel dinero, que

arrepentida clamará misericordia, y la misericordia descenderá hasta ella.

Una joven mexicana, guapa según el mundo, y á quien hirió el amor con su mortífero dardo, pide por esposo á un empedernido calaverón sin pizca de seso y de voluntad depravada, sin siquiera imaginarse el disparate que pide, y la Divina Clemencia le niega la petición y le receta matrimonio, por despecho, con un viudo cargado de hijos; pero mándale abundante dosis de paciencia y de esperanza en la futura dicha que ya en la tierra no puede alcanzar.

Sobre aquel dichoso hogar donde la virtuosa madre educa cristianamente á sus hijos, y el honrado padre vela solícito por la ventura de todos, va á caer como rayo la destructora muerte y á herir al jefe de la familia, en la plenitud de la vida y de las esperanzas. Aquel otro padre que ha disipado su niñez, su juventud y su edad viril, y ya siente en el alma el frío de la vejez, sin volver á Dios el corazón, arrepentido, y hállase hoy en peligro de muerte, se le envía la salud Dios arranca al primero, del mundo, para que no le pierdan los terribles peligros que le rodean, le amenazan y casi le derriban, y al segundo le deja aún en medio de ellos para que haga los últimos

esfuerzos para vencerlos. En suma, á aquél, para que no se pervierta, le manda la muerte, y á éste, para que se convierta, consérvale la vida.

Pronto vendrá á hacernos compañía un niño de tierna edad, hermoso como el amor. Es el hijo único de una madre que no vive sino para él: alma, corazón, dicha, todo para aquel pedazo de sus entrañas. El dolor la volvería loca si no se le mandara altísima dosis de divina gracia. Mas la muerte de ese hijo mimado es su eterna vida y la de su madre. Si aquél viviera, el immoderado amor maternal perdería á ambos.

Admirado escuchaba Macario la voz del ángel, que era melodía para el oído, luz para la inteligencia y amor para el corazón.

—¡Cuán bueno es Dios! clamó enternecido. Ahora comprendo bien que debemos someternos siempre resignados y aun alegres á su voluntad, sin murmurar jamás de su Providencia. Todo lo dispone con infinita sabiduría. Mas dime, por último, ángel de Dios, y disculpa mi curiosidad, ¿cuál de estas medicinas es la de mayor consumo?

La que es universal, la que se despacha ordinariamente sin petición, porque es hija mimada de la misericordia, y la efi-

encia de la cual medicina está probada en la mayoría de los casos, es el remordimiento. Y ¡oh incomparable misterio de la divinidad! Se suministra al pecador precisamente cuando temerario y rebelde acaba de ofender á su dulce Salvador. Es, sin duda, la más amarga de todas las medicinas; pero con ella empieza la expiación de la culpa, que trae después la incomparable aurora de la gracia.

—La conozco bien, clamó Macario. A esa medicina debo el cielo.

En esos momentos oyéronse los acordes de una música tan suave y melodiosa que jamás oído humano ha percibido, San Pedro regresaba á su puesto y abría de par en par las puertas del cielo al feliz boticario; cuyo corazón, inundado en delicias, empezó á gustar de la dicha que jamás acaba.



APOSTOLES DEL HOGAR.

I.

Había sido Jacobo buen marido, cuanto serlo puede quien de verdad ama á su esposa; pero es averiguado hecho, que los maridos, aun los mejores, no evitan á sus mujeres todos los disgustos que evitarles pueden. Rufina sufría con la ausencia de su consorte, que acostumbraba pasar varias horas en el Casino, especialmente por la noche. Estos Casinos, decía la joven, son feroces enemigos del hogar. Los esposos trabajando todo el día para sostener avantes la tremenda lucha por la vida, y las horas de descanso y grata expansión con la familia, róbanselas esos malditos centros de diversión. La autoridad debía clausurarlos como perniciosos á las buenas costumbres, y